



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

n° 29 (2023)

ALABANZAS DE UN MONÁRQUICO AL ESPÍRITU REPUBLICANO. NOTAS SOBRE LA TRADUCCIÓN DE MANUEL BELGRANO DEL *FAREWELL ADDRESS TO THE PEOPLE OF THE UNITED STATES* DE GEORGE WASHINGTON

M. Pablo COWEN

(Universidad Nacional de La Plata)

<https://orcid.org/0000-0001-6166-8870>

Recibido: 28-2-23 / Revisado: 3-7-23

Aceptado: 20-5-23 / Publicado: 15-10-23

RESUMEN: Manuel Belgrano (1770-1820) fue uno de los más notables hombres públicos del Río de La Plata tanto en las últimas décadas de la Etapa Colonial como en los primeros años del proceso independentista. Su accionar como abogado, economista, político, diplomático y militar, en ocasiones suele generar entre los analistas contemporáneos cierto descuido sobre su notable tarea como pensador ilustrado. En este artículo nos proponemos analizar tres aspectos de una de sus más notables obras, nos referimos a la traducción al castellano del *Discurso de despedida al pueblo de los Estados Unidos* de George Washington redactado en 1796. Labor notable en la cual nos concentraremos en tres aspectos: analizaremos el proceso y las vicisitudes que experimentó Belgrano para concebir, escribir y dar a conocer su traducción entre los años 1805 y 1813, en segundo término cuáles fueron los principios que consideró esenciales el monárquico Belgrano en la obra del republicano Washington para justificar su tarea, en tercer lugar qué impacto tuvo la misma en el Río de la Plata en las primeras décadas del siglo XIX y por último, nos detendremos en unas breves consideraciones finales.

PALABRAS CLAVES: Washington, despedida, Belgrano, traducción, análisis

PRAISE FROM A MONARCHIST TO THE REPUBLICAN SPIRIT NOTES ON MANUEL BELGRANO'S TRANSLATION OF *FAREWELL ADDRESSES TO THE PEOPLE OF THE UNITED STATES* BY GEORGE WASHINGTON

ABSTRACT: Manuel Belgrano (1770-1820) was one of the most notable public men of the Río de La Plata both in the last decades of the Colonial Stage and in the first years of the independence process. His actions as a lawyer, economist, politician, diplomat and mil-

itary, sometimes tends to generate a certain carelessness among contemporary analysts about his remarkable task as an Enlightened thinker. In this article we intend to analyze three aspects of one of his most notable works, we refer to the translation into Spanish of George Washington's *Farewell Address to the People of the United States* written in 1796. Notable work on which we will focus in three aspects: we will analyze the process and the vicissitudes that Belgrano experienced to conceive, write and publicize his translation between the years 1805 and 1813, secondly, what were the principles that the monarchist Belgrano considered essential in the work of the republican Washington for justify its task, thirdly, what impact it had on the Río de la Plata in the first decades of the 19th century and finally, we will stop at some brief final considerations.

KEYWORDS: Washington, farewell, Belgrano, translation, analysis

INTRODUCCIÓN

La vida de Manuel Belgrano parece haber sido anclada nada más y nada menos por buena parte de la literatura como un abnegado general «Padre de la Patria». No es una lectura errónea, pero si pensamos insuficiente para entender la complejidad de una vida notable, tanto por sus realizaciones como por sus fracasos. Belgrano solo tuvo actividad militar plena en los últimos diez años de su vida. Antes de ello, ya era un notable intelectual y funcionario gubernamental en Buenos Aires, capital del Virreinato del Río de La Plata. Un aspecto que algunos analistas evidentemente han descuidado de su trabajo intelectual es el de traductor. En este artículo nos concentraremos en su traducción del *Discurso de despedida* de George Washington, redactado en 1796. Nos proponemos analizar primordialmente tres aspectos: consideraremos el proceso y las vicisitudes que experimentó Belgrano para concebir, escribir y dar a conocer su traducción entre los años 1805 y 1813; en segundo término, cuáles fueron los principios que consideró esenciales el monárquico Belgrano en la obra del republicano Washington para justificar su tarea; y, por último, nos detendremos en unas breves consideraciones finales.

CONSIDERACIONES SOBRE LAS FUENTES

Para lograr los fines propuestos analizaremos dos fuentes primarias esenciales, por un lado *Farewell Address to the People of the United States* de George Washington y la traducción que de esta obra realizó Manuel Belgrano entre 1805 y 1813. La obra de Washington como sabemos no fue leída públicamente por el autor, sino que fue publicada en un periódico. El ejemplar que nosotros consultamos con el objeto de compararlo con versiones publicadas más tarde forma parte del patrimonio de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos. El discurso fue reiteradamente dado a conocer incluido en obras de índole diversa: *Historias de los Estados Unidos* conjuntamente con textos preconstitucionales y con la propia constitución, así como en obras que analizaron el periodo de gobierno de Washington. En relación con la traducción de Belgrano consultamos un ejemplar publicado por el propio general en la Imprenta de Niños Expósitos de Buenos Aires en 1813, existente en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. Debemos aclarar que la edición que consideraremos especialmente, ya que reproduce los dos textos, el original y la traducción es el publicado por la Editorial Huarpes y que consideramos especialmente importante por la inclusión de los dos textos en inglés y castellano (Washington, 1796; Belgrano, 1813; Willard, 1853: 251; Constitución Federal, 1823: 1-25; Washington, 1944).

LA DESPEDIDA DEL GRAN HOMBRE

Una vez que las Trece Colonias lograron trabajosa y exitosamente la independencia, su futuro de todas formas parecía ser por demás incierto. Los costos de esa guerra civil entre británicos revolucionarios y los defensores del orden existente, fueron especialmente gravosos. Miles de norteamericanos leales a la corona británica exiliados en el Canadá fueron la muestra quizás más evidente del desgarramiento producido. Las finanzas estaban en un estado sumamente precario con un papel moneda continental que perdía valor incesantemente y una creciente deuda pública. Levantamientos de deudores en 1784 y 1786, que pusieron en peligro la inestable vida política de la nueva nación. Uno de los problemas más acuciantes era la deuda que se mantenía impaga con los miles de soldados que habían participado en el conflicto. Como podemos pensar, nada más amenazante que cuerpos armados insatisfechos económicamente y quizás ingenuamente defraudados en sus expectativas de lograr una rápida solución a los problemas que dieron origen al levantamiento contra los británicos. En 1783 había rumores ciertos de una factible sedición. No había una política exterior unificada y cada estado tendía a defender lo que consideraba sus intereses y esto generó distanciamientos y rivalidades no solo entre los estados sino también las propuestas que podían presentar las potencias extranjeras con intereses en la zona: los británicos en los Grandes Lagos, los españoles en La Florida y en la Luisiana y el problema de las tribus indias que tenían alianzas cambiantes así como reclamaciones territoriales entre los estados

De hecho la Confederación se parecía más a una alianza internacional que a un auténtico sistema federal pues cada estado se definía como una autoridad soberana. Estos problemas debieron ser enfrentados por la élite revolucionaria y entre estos fue determinante el accionar de George Washington. El general y primer presidente de los Estados Unidos de Norteamérica fue esencial para afianzar el gobierno federal y sus alcances jurídicos de acuerdo a lo establecido conforme a los artículos de la Confederación acordados por el congreso en 1777 y ratificados en 1781. La dirigencia de la joven nación estaba claramente dividida entre aquellos que sostenían la libertad y la independencia de los estados y aquellos que sostenían que estas deberían estar subordinadas a un Estado federal fuerte. Después de difíciles negociaciones, todavía no completamente saldadas, la Constitución de los Estados Unidos fue adoptada en 1787 y entró en vigor solo dos años después. Esta reemplazó a los débiles artículos de la Confederación con el fin de lograr una unión consolidada frente a los desafíos tanto internos como externos que se tenían.

George Washington fue elegido presidente en 1789 y dejó claramente expuesta la habilidad con que supo desempeñarse en un contexto difícil: su republicanismo, su aversión a las prerrogativas propias de un sistema monárquico, robustecer el gobierno federal pero sin desconocer los derechos de los estados de la unión. La figura de Washington gozaba de un gran respeto y admiración no solo en los Estados Unidos. En el resto de las Américas y en Europa los círculos ilustrados emplearon su figura para construir la imagen del hombre probo, honesto y despojado de ambiciones mezquinas. Sin embargo esto no fue un obstáculo para que no surgieran grupos de opinión en los Estados Unidos que discutían su liderazgo. Al estallar la guerra entre Francia y Gran Bretaña en 1793, Washington adoptó una posición neutral en los asuntos exteriores y puso en guardia a sus compatriotas acerca de alianzas comprometedoras. Cuando las disputas domésticas sobre sus medidas se agudizaron, llegando a enemistarse con Hamilton y Jefferson, el presidente buscó la reconciliación. Al fracasar se inclinó hacia el lado de Hamilton para verse atacado por la oposición.

La presión de estos grupos llegó a cierto paroxismo cuando James Monroe publicó después de su misión en Europa su *Examen de la conducta del enviado extranjero de los Estados Unidos cerca de la República Francesa, durante los años 1794, 95 y 96*. Escrito ciertamente crítico a la política exterior del Gobierno Federal, pero que quizás fue interpretado por Washington y sus allegados como la manifestación evidente de un grupo opositor con ciertas probabilidades de desplazarlo del ejecutivo. Frente a esta situación Washington, seis meses antes de concluir su segundo periodo gubernativo, redactó su manifiesto de despedida, que lleva fecha de 17 de septiembre de 1796. Este discurso no fue leído en público por el presidente pero fue publicado en el *American Advertiser* de Filadelfia el día 19 del mismo mes y año. La decisión de Washington de no presentarse a las elecciones para un tercer mandato en 1796 supondría un poderoso precedente que después se tomó casi como ley y que nadie puso en cuestión hasta que Franklin D. Roosevelt se presentó a la elección presidencial en las complicadas circunstancias de 1940. No es nuestro propósito debatir si este *Discurso* es únicamente obra de George Washington, sin desconocer las probables aportaciones de James Madison tan tempranamente como en 1792, o la siguiente versión de 1796 aparentemente corregida por Alexander Hamilton con la revisión final del autor (McDonald, 1998; Burns, 2005: 185; Grizzard, 2005).

En el *Discurso de Despedida* de Washington pueden distinguirse cuatro secciones en su análisis: los motivos que lo impulsaron a escribirla, los problemas que enfrentó su administración para estabilizar el país, las medidas implementadas para solucionarlos y por último, el futuro que avizoraba el presidente para la Nación. En su obra Washington explicó las finalidades de su carta: «solo veréis las advertencias de un amigo que se despide y que no puede tener un interés personal en aconsejaros mal animándome a ello la indulgencia con que en otra ocasión semejante recibisteis mis ideas» (Washington, 1944: 28).

Washington consideró que el principal desafío que su administración debió enfrentar, y que a su criterio había logrado solucionar, era la problemática de la unidad de gobierno sin la cual no podría considerarse a los Estados Unidos como una nación. Para el presidente, si esto no se solucionaba, los fundamentos de la independencia alcanzada se derrumbarían: la paz tanto interior como exterior, la seguridad, la tranquilidad y fundamentalmente la libertad. Libertad que solo se alcanzó por abnegadas acciones de una ciudadanía que se reconocía en el nombre de «Americanos», los factores de unión y concordia entre los estados y que debería inhibir la exaltación de intereses locales comúnmente mezquinos y que conspiran contra el bienestar de la totalidad de la nación. Si no se lograba mantener la unidad, todos los beneficios económicos que se estaban alcanzando, afirmó el autor, desaparecerían y solo se impondrían aquellos que esgrimieran como recurso el uso de la fuerza (Andersson, 1994: 256; Levy, 1986; Beard, 196; Freeman, 1947-1958; Ross, 2005).

Washington los definió de esta forma «uno de los medios de que se valen los facciosos en los distritos particulares, es el de desfigurar las opiniones y miras de los otros [...] ellos se dirigen a separar los afectos de los que debían estar unidos como hermanos» (Washington, 1944: 34).

La libertad, para el presidente, no sería más que una sombra si el gobierno de la unión fuese débil para resistir los embates de las facciones. Si se fracasara en esto, sería imposible ejercer las libertades individuales y los derechos personales. El peligro inmediato consistía en los resultados de una lucha fratricida en la cual, afirmó Washington, por lo común lograba imponerse un grupo o un líder que terminaría, con sus acciones a las libertades públicas. El «espíritu de partido» era para el autor el principal enemigo de los gobiernos populares y republicanos y la antesala de sociedades tendientes a defender los privilegios de unos pocos frente a las necesidades de las mayorías. Washington identificó a estas con los regímenes monárquicos, para él, los Estados Unidos ya habían superado

fatigosamente este problema, pero no descartó que este no resurgiera si no se tomaban ciertas precauciones. La principal de todas, el respeto irrestricto a la Constitución y a las leyes que se consensuaron por la voluntad popular. Si esto no sucedía, el edificio republicano se derrumbaría (Jenkins, 2009; Arbery, 1999; Morrison, 1972; Cunliffe, 1958; Ellis, 2004; Higginbotham, 2001: 336).

Washington les recordó a sus conciudadanos que el régimen republicano debía erigirse sobre una base sólida, dada por instituciones que impartieran conocimientos para educar a los individuos en el saber y el ejercicio de sus derechos, que el gobierno sostuviera el crédito público «como manantial importante de la fuerza y seguridad» que debe tener por base un sistema impositivo justo y consensuado, sin el cual la administración central carecería de los medios para imponerlo. El presidente alertó asimismo sobre los intereses externos que si prevalecieran en la unión serían tan malsanos que pondrían en peligro el sistema republicano:

Conciudadanos míos, os suplico que me creáis. La vigilancia de una nación libre debe estar siempre dispuesta contra las artes insidiosas del influjo extranjero, pues la historia y la experiencia prueban que este es uno de los enemigos más mortales del gobierno republicano (Washington, 1944: 49).

Washington cerró su discurso con una disculpa, quizás algo forzada, alegando que procuró solucionar todos los problemas que tuvo que enfrentar el gobierno, aunque no descarta que pudo haberse equivocado en las medidas implementadas para solucionarlos (Higginbotham, 2002: 175; Lengel, 2005).

LAS MANIFESTACIONES ILUSTRADAS AMERICANAS Y MANUEL BELGRANO

La importancia histórica de Manuel Belgrano es reconocida por una profusa y heterogénea producción historiográfica que tuvo inicio algunos años después de su muerte en 1820. Recordemos que su muerte fue anunciada en la prensa porteña y cada 20 de junio se recordaba su memoria, como lo hizo *El Argos* de Buenos Aires en 1821

Día 20 del presente mes de junio, A las siete y media de la mañana de este día hizo un año que perdió Buenos Aires a su más virtuoso y obediente hijo el brigadier general D. Manuel Belgrano. Hizo un año que a las pocas horas de tan melancólico suceso se disolvió la representación de la provincia por el nombramiento de gobernador que hicieron las milicias del Lujan en la persona del brigadier general D. Estanislao Soler (El Argos, 1821: n° 7).

Juan José Berutti (1777-1856), un eminente revolucionario, recordó en sus memorias que Belgrano no había recibido las exequias que hubiera merecido, debido tanto a las convulsiones políticas, como a la escasez de fondos para costearlas por parte del Cabildo de Buenos Aires (Berutti, 1960: 393). La figura de Belgrano, centrándose en diversos aspectos de su personalidad y quehacer político, ha recibido continuo interés. Literatura, diversa en sus objetivos y aportes, pero en la cual podemos mencionar obras que por más de una razón marcaron puntos de inflexión como lo son *Belgrano y la Independencia Argentina* de Bartolomé Mitre en 1857, en el cual se incluyó parte de los escritos autobiográficos de Belgrano y que puede ser considerada como una obra fundante de la historiografía argentina (Mitre, 1857). Así como los estudios sobre la ideología de Belgrano (Belgrano, 1960), las decenas de biografías, entre las más destacadas, la obra de Miguel Ángel De Marco (De

Marco, 2004) o la más reciente de Eduardo Míguez (Míguez, 2007). Asimismo obras que analizaron diversos aspectos de Belgrano y su importancia en el Río de La Plata, como las de Elías Palti (Palti, 2000) o Marcela Ternavasio (Ternavasio, 2015), y la muy notable *El Enigma Belgrano* de Tulio Halperin Donghi, que va más allá en su análisis de un Belgrano digno de una trayectoria heroica laudatoria, a un Belgrano esquivo por sus contradicciones y que el autor relaciona con una Argentina igualmente enigmática (Halperin Donghi, 2014). Si bien estos autores no desconocieron las distintas manifestaciones del accionar de Belgrano, entre ellas la de traductor, nosotros como ya adelantamos, concentraremos nuestro análisis en el Discurso de *Despedida de Washington*.

Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús Belgrano (1770-1820), nació en una Buenos Aires que todavía era una pequeña aldea perteneciente administrativamente al Virreinato del Perú y murió cincuenta años después en la misma ciudad, ya declarada la independencia de esas inconexas provincias que tenían laxos vínculos institucionales. El 20 de junio de 1820, día en que murió, la situación fue caótica, había caído el Directorio, gobierno que pretendía tener un control sobre la totalidad del Río de la Plata y la élite de la naciente provincia no llegaba a un acuerdo para consensuar el nombre de un gobernador que impusiera cierto orden (Chiaramonte, 1997; Gimenez, 1993; Horowicz, Alejandro 2004; López Rosas, 1991).

De esas cinco décadas que vivió, solo la última lo encontró partidario de un orden político nuevo, aunque comprendemos que este calificativo puede considerarse especialmente ambiguo. Ya que en esa primera década del siglo XIX lo tradicional y lo novedoso en materia de orden político es particularmente difícil de definir. Belgrano, miembro de una familia perteneciente a la élite porteña de ricos comerciantes, por lo menos a nivel local, indudablemente fue uno de los intelectuales más reconocidos. No solo por sus estudios en Europa: Valladolid y Salamanca especialmente de Economía Política y Leyes. Los talentos de Belgrano fueron reconocidos, no solo por su actuación en distintas sociedades y bufetes prestigiados, sino por su capacidad de análisis de cierta literatura que podía ser juzgada como radical tanto por el reino como por la Iglesia Católica. Por su pedido, el papa Pío VI le concedió la gracia de leer literatura vedada a la mayor parte de los lectores: «en la forma más amplia para que pudiese leer todo género de libros condenados aunque fuesen heréticos» (Luna, 2004).

Belgrano claramente se inscribió en ese diverso movimiento intelectual que llamamos ilustración. En esos años de estadía en Europa leyó a Adam Smith, Montesquieu, Rousseau, Voltaire, Filangeri, Quesnay, Jovellanos, Campomanes, y otros autores que compartían, más allá de sus diferencias, la necesidad, en algunos casos de reformar los sistemas políticos para hacerlos más eficientes y sensibles y por lo tanto populares entre distintos sectores sociales y otros directamente terminar con los sistemas vigentes y aspirar a un modelo más inclusivo socialmente que tuviese por fin la felicidad para el mayor número. Una ideología que según tiempos y circunstancias sostuvo que la única fuerza dotada del prestigio, las energías y los medios para reformar exitosamente esas sociedades del Antiguo Régimen eran las monarquías, pero también contando con autores que consideraban que era imprescindible terminar prontamente con la herencia monárquica y su sistema de privilegios por otro que contemplara las ambiciones de sectores sociales hasta ese momento ciertamente subordinados en la escala social (Halperin Donghi, 2010; Palti, 2011).

No es nuestro propósito analizar ese complejo entramado de ideas que compusieron la Ilustración, pero sí señalar en el caso americano que esquemáticamente podríamos pensar en una Ilustración fiel a la corona pero reformista y otra que bogaba por la construcción de un movimiento emancipador de la Metropoli. En relación con las manifestaciones leales

a la corona, la historia de la América castellana entre las últimas décadas del siglo XVIII y primeras del XIX, estuvo signada por numerosas Representaciones, Informes y Memorias, dando cuenta de reclamos y peticiones de carácter local a los administradores competentes como cuestiones más profundas sobre distintos aspectos económico-sociales: desde el reclamo por un régimen comercial no regulado a la queja generalizada por el aumento de la presión impositiva que experimentó la región. En estos documentos, pueden visibilizarse principios comunes: críticas al absolutismo monárquico, al oscurantismo, a los dogmas y a la filosofía escolástica, con una ostensible influencia de los grandes autores europeos y norteamericanos. Sin embargo no plantearon en un principio —fines del siglo XVIII y primera década del siglo XIX— un cambio de régimen, un proceso revolucionario, seguían siendo fieles a la monarquía castellana si nos atenemos a sus manifestaciones públicas. Las reformas implementadas por la corona castellana especialmente en la segunda mitad del siglo XVIII, hicieron surgir cierto moderado optimismo en relación al éxito de la administración borbónica. No desconocemos lo que podríamos llamar excepciones como la famosa carta del peruano Juan Pablo Viscardo (1748-1798), publicada en 1799, donde se expusieron claramente las causas que justificaban cortar los vínculos con la metrópoli, recordando Viscardo el exitoso ejemplo de la revolución en las Trece Colonias y el nacimiento de los Estados Unidos. Asimismo fue desafiante la traducción al castellano de *Los Derechos del hombre y del ciudadano* por un joven Antonio de Nariño (1765-1823) en Nueva Granada, que le valió la cárcel al futuro dirigente revolucionario o en esa Mina Geraes convulsa del Brasil portugués, la osadía de «Tiradentes» Joaquín da Silva Xavier (1746-1792) líder de la Inconfidência Mineira que buscó implantar una República tomando como ejemplo los sucesos norteamericanos (Viscardo, 2004; Brading, 2004; Merle, 1983; Posada, 1903; Michelena, 2010; Jardim, 1989; Chiaramonte, 1982).

Un ejemplar intelectual ilustrado

En 1793 se anunció formalmente que Manuel Belgrano sería nombrado Secretario del Real Consulado con sede en Buenos Aires. El 30 de enero de 1794 una Real Cédula creó el Consulado, que tenía atribuciones de ser Tribunal en pleitos mercantiles, proteger y fomentar el comercio, mantener en condiciones el puerto de Montevideo así como el muelle y atracadero de la ciudad de Buenos Aires. Nombramiento dado durante la administración de Carlos IV, en un Río de La Plata caracterizado por un notable crecimiento económico y demográfico y que no fue pasivo ante las problemáticas que se originaron por las políticas que Madrid procuró imponer. Una de las más significativas fue la discusión notoria y pública sobre la conveniencia de liberalizar el comercio sin restricciones frente a la postura oficial de sostener un comercio signado por el monopolio (León Sanz, 1989).

Entre las obligaciones del nuevo y único secretario que tuvo el Consulado, estaba la de escribir todos los años una memoria. Entre 1794 y 1809 fueron leídas trece memorias. Por distintos motivos, viajes, cuestiones de salud y personales, hubo años donde no se leyeron. Pensamos que la memoria donde más claramente puede advertirse el carácter ilustrado fisiócrata de Belgrano es en el documento redactado en 1796. En esta memoria afirmó que toda riqueza no fundada en la agricultura, natural destino del hombre, era precaria. Pero sin métodos y reglas constituiría una actividad vacua. Se debía fomentar la agricultura por medio del accionar de academias y sociedades, que debían ser las bases para uno de los fines de la sociedad ilustrada, el bien común y la felicidad. Además de experimentar amor por la actividad e invertir en ella era necesario conocer los tratados publicados donde podían extraerse las ideas y métodos necesarios para el despegue definitivo de la

agricultura en la provincia de Buenos Aires. En este documento es notoria la influencia de Galiani, pero también de los fisiócratas norteamericanos, especialmente de Benjamín Franklin (1706-1790): la agricultura como fuente genuina de riqueza, la reivindicación del libre comercio, del interés individual y el afán de lucro y la reivindicación del fin último de toda política, lograr el bienestar para el mayor número. Aunque paradójicamente Belgrano admitió que no conocía especialmente el territorio sobre el cual trataba (Belgrano, 1796/1913; Fernández López, 1984; Summers, 2002).

No solo hemos hecho mención a esta memoria por constituir una clara exposición de la condición de Belgrano como un ilustrado fisiócrata, sino también porque en ella pueden advertirse las influencias de pensadores europeos que en algunos casos leyó en sus idiomas de origen, y también por traducciones que llevó a cabo. En 1794 tradujo las *Máximas* de Quesnay (1694-1774) y puede advertirse en ella las influencias de Gaspar de Jovellanos, Antonio Genovesi (1713-1769), Anne Robert Turgot (1727-1781), Ferdinando Galeani (1728-1787), Caetano Filangieri (1753-1788), Adam Smith (1723-1790) y Pierre Samuel Dupont de Nemours (1739-1817), colaborador de Turgot, defensor de la monarquía borbónica, exiliado en los Estados Unidos, amigo de Thomas Jefferson (1746-1826) y uno de los responsables de la redacción del Tratado de Versalles en 1783, pero sobre todo coautor de *La Fisiocracia* en 1768. Belgrano publicó en ese mismo año de 1796, la que puede ser considerada la primera obra de teoría económica dada a conocer en el Río de la Plata (Ferrone-Roche, 1998; Imízcoz Beunza y Ochoa de Eribe, 2017; Gondra, 1945; Im Hof, 1993; Mornet, 1969; Artola, 2000).

Belgrano, a pesar de todas las deficiencias que la administración castellana evidenciaba en la administración de sus tierras americanas, seguía pensando como otros ilustrados que la Corona todavía contaba con las fuerzas y los recursos para, no solo identificar los males que afectaban a estas sociedades (que iban adquiriendo una relevancia creciente en esas dinámicas economías sur atlánticas), sino que era la única fuerza capaz de otorgar soluciones a los problemas que se presentaban. Esta postura puede advertirse no solo en su obra realizada en el Real Consulado, sino también en su lealtad manifiesta durante los sucesos de 1806 —fuerzas británicas invadieron Buenos Aires— como en las jornadas de mayo de 1810, formando parte del gobierno nacido el 25 de Mayo de 1810 y jurando, como los otros miembros de la Junta, fidelidad a Fernando VII. El decadente gobierno de Carlos IV, la Invasión napoleónica, el cambio de dinastía, la Guerra de Independencia contra los franceses y los cambios de alianzas provocados por la guerra, llevaron a muchos, incluido al propio Belgrano, a reconsiderar su posicionamiento político (Chiaramonte, 1997; Weimberg, 1985).

Las peripecias de una traducción: entre batallas, destrucción y cavilaciones

Belgrano, en sus papeles autobiográficos, redactados en distintos años y publicados en obras que no fueron de autoría, brindó escuetamente información que nos es sumamente útil. En primer lugar sostuvo que, si bien el derecho y la economía política habían sido en gran medida sus materias de interés, su verdadera pasión estaba en el estudio de los «idiomas vivos». Bartolomé Mitre afirmó que el *Farewell Address to the People of the United States* era el libro de cabecera de Manuel Belgrano y que no se separaba de él, incluso en las terribles condiciones reinantes durante las campañas militares (Belgrano, 2020; Mitre, 1902; Paz, 2000).

Por lo que refiere Mitre en su estudio preliminar al *Discurso*, Belgrano hizo su primer contacto con la publicación de Washington «en forma de librito» en 1805 seguramente en una versión en lengua inglesa. Esto nos lleva a afirmar que la traducción de Belgrano

fue la primera realizada al idioma castellano, idea sustentada en que no tenemos conocimiento de una traducción al castellano anterior. Sin embargo, y como el propio Belgrano lo afirmó, comenzó su labor de traducción en vísperas de la Batalla de Tacuarí el 9 de marzo de 1811, es decir, seis años después de haber conocido la obra de Washington. Las fuerzas militares de Buenos Aires al mando de Belgrano fueron derrotadas y tuvo que capitular frente a las tropas paraguayas. Fue en este contexto, en el que se dio fin a la campaña militar. Belgrano quemó sus papeles, entre ellos la traducción del *Discurso*, ignorando qué grado de avance tuvo ese bosquejo. Un año más tarde, en vísperas de la Batalla de Tucumán, combate librado entre el 24 y 25 de septiembre de 1812, Mitre, realzando la intelectualidad del hombre devenido en general, afirmó que concluyó la traducción y que tuvo la intención de que esta se publicara rápidamente (Mitre, 1944: 16).

La principal incógnita que se nos presenta es indagar las razones. Manuel Belgrano fue decididamente monárquico, fiel administrador borbónico, partidario de colocar a la Infanta Carlota Joaquina, hermana de Fernando VII, como soberana en el Río de la Plata: «Trate de buscar los auspicios de la Infanta Carlota y de formar un partido a su favor». El carlotismo, sintéticamente, fue un proyecto para crear en el Río de La Plata una monarquía independiente que pretendía colocar como soberana a la Infanta María Carlota de Borbón, hermana de Fernando VII y esposa del Príncipe Regente Juan de Portugal, residente en Río de Janeiro, en el marco de la alianza luso-británica frente a la amenaza napoleónica (Belgrano, 2020). Proyecto que por distintas razones concluyó en un fracaso (Etchepareborda, 1972; Ternavasio, 2017). Impulsó la idea de coronar a un descendiente del último Inca en Buenos Aires y fue adepto a la idea de buscar un miembro de la dinastía borbónica para legitimar un nuevo gobierno local. En momentos en que ganaba influencia un ilustrado decididamente antimonárquico y republicano, como lo fue José Gervasio de Artigas (1764-1850), notoriamente influenciado por la organización política de los Estados Unidos, que conoció leyendo a autores como Thomas Payne (1737-1809), especialmente su *Common sense* promotor del liberalismo y del republicanismo (Wood, 2002).

Estamos en condiciones de enunciar posibles respuestas. En sus papeles autobiográficos Belgrano dio cuenta de la imperiosa necesidad de terminar con los tiranos, esto en el contexto de los acontecimientos franceses de 1789, esto en un contexto donde la tiranía estaba asociada a un gobierno monárquico absoluto. En segundo término, en su introducción al *Discurso de Washington* Belgrano reconoció que ya no podía ver a su «patria en cadenas». Pensamos que, sin ambigüedades, se refiere a su patria como Buenos Aires y que los lazos que debían cortarse eran aquellos que la unían a una metrópoli debilitada por la guerra. En tercer término, Belgrano consideró a Washington como el hombre en el cual se habían sintetizado las inclinaciones, actitudes y experiencias que debía poseer un dirigente ilustrado: amor por su patria, abnegación, raciocinio y por sobre todo la capacidad de renunciar a cualquier beneficio personal en pos del bienestar general. Belgrano lo sintetizó de esta forma: «Un hombre que solo se había dedicado de todo corazón a la libertad y felicidad de su patria». Por último, Belgrano consideró que «el Discurso podía ser inspirador para sus conciudadanos, en años en que la Revolución porteña era la única que había sobrevivido con éxito a los embates realistas». Todos los demás alzamientos, desde México a Chile habían fracasado (Lynch, 2008).

Las circunstancias de la traducción

Belgrano en la introducción a su traducción refiere a que, una vez recibido el *Librito* de Washington, inmediatamente se puso a la tarea de traducir la obra. Nuestra incóg-

nita esta en conocer el nivel de dominio que tenía Belgrano de la lengua inglesa, ya que alguien de la importancia de Juan María Gutiérrez (1809-1878), diplomático, crítico literario, traductor y uno de los más importantes intelectuales rioplatenses de la segunda mitad del siglo XIX, afirmó que, lo entendía pero que su conocimiento del idioma inglés era precario. Belgrano, en el mismo escrito, afirmó que para adelantar el trabajo le solicitó al Doctor Redhead que se lo tradujera literalmente. Este fue un médico estadounidense que llegó al Río de La Plata probablemente en la década de 1790. Quizás haya nacido en Escocia, pero les habría ocultado este dato a las autoridades, debido a las malas relaciones que tenían España y Gran Bretaña en esos años. Lo importante es que Redhead fue rápidamente reconocido en su labor médica y como naturalista —se formó en el Real Colegio de Edimburgo y en la Universidad de Göttingen—, acompañó a los ejércitos de Buenos Aires en sus campañas del norte y fue médico personal de relevantes miembros de la élite revolucionaria como Juan Martín de Güemes (1785-1821). Redhead trabó una verdadera amistad con Belgrano e incluso fue quien asistió al general en sus últimos días de vida y hasta efectuó su necropsia (Alonso, 2012).

Belgrano afirmó que no conocía traducción alguna del *Discurso* al castellano y que si existía no había sido publicada. El general se manifestó agradecido por la ayuda de Redhead, que le aclaró conceptos, aunque para el porteño —¿rasgo de una falsa modestia o manifestación sincera?— lo realmente importante era que el texto se conociera, más allá de la calidad de la traducción, «que lo lean, estudien y mediten». Consideramos que otra de las motivaciones que lo impulsaron a dar a conocer la obra era la utilidad que esta podía tener para dar cuenta, sin desconocer lo disímil que eran espacios histórico-culturales como los Estados Unidos y el Río de la Plata. En primer lugar el *Discurso* es el renunciamiento de un presidente de una república soberana y Belgrano era un intelectual devenido en militar que vivió en una situación de plena incertidumbre, ya que la independencia no había sido declarada y no había unanimidad entre los sectores revolucionarios sobre cómo debía continuar ese movimiento nacido formalmente en 1810. Belgrano pensó que las ideas de Washington podían ser realmente útiles, ideas guías para un movimiento que parecía no tener un plan unificado para desarrollar la revolución. Idea esta que puede claramente ser visible, no solo por comentarios de los propios protagonistas, sino por la no disimulada lucha de facciones que incluso ya fueron notorias antes de 1810 (Belgrano, 1944: 21).

Henry Marie Brackenridge (1786-1871), fue un hombre de múltiples intereses: juez, naturalista, escritor, diplomático y congresista, en su país, los Estados Unidos. Entre 1817 y 1818 fue miembro —secretario— de la primera misión diplomática de los Estados Unidos a las Provincias Unidas del Río de La Plata. Brackenridge no solo se preocupó de cumplir las indicaciones que su gobierno le había encomendado, sino que al propio tiempo evidenció una particular agudeza al analizar la sociedad rioplatense de esos años en los cuales se declaró la independencia. Se asombró de la avidez de los sectores altos porteños en mostrar orgullosamente sus bibliotecas, al propio tiempo de dar una impresión de los que a su criterio eran los políticos más notables de la revolución. Sobre Manuel Belgrano escribió que «era un hombre de alta reputación, integridad y talento», le resultó sorprendente la traducción de Mariano Moreno (1778-1811) del *Contrato Social* de Rousseau, que según sus averiguaciones era un trabajo muy valorado por el «sector ilustrado del pueblo». Brackenridge advirtió sobre un mayoritario espíritu republicano entre los porteños y dio cuenta de las obras de autores estadounidenses que pudo verificar podían leerse en Buenos Aires: desde la traducción de la Declaración de Independencia, la Constitución de los Estados Unidos —existe una copia manuscrita traducida al castellano de este documento en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, de 1787—, sobre el sis-

tema lancasteriano de educación implementado por el Gobierno provincial del General Martín Rodríguez (1771-1845), que administró la provincia de Buenos Aires entre 1820 y 1824 secundado por Bernardino Rivadavia (1780-1845), quien fue el inspirador de la mayor parte de sus acciones gubernamentales. No dejó de señalar la difusión de *El Federalista* de James Madison (1751-1836) y mencionó expresamente el *Discurso de despedida* de George Washington, aunque desconocemos si se refirió expresamente a la traducción de Belgrano (Brackenridge, 1927: 80-127).

La persistencia monárquica

Belgrano, en todo su accionar político nunca entró en contradicción con su idea basal de la monarquía ilustrada moderada, como la mejor forma de gobierno que podían adoptar las Provincias del Río de La Plata. Ya como funcionario real, abogado, economista y político dirigente de distintas facciones que se disputaron el poder, Belgrano no dudó en las ventajas de una monarquía, especialmente constitucional, de ahí su beneplácito frente al texto constitucional español de 1812. Texto que tuvo influencia no solo en las disposiciones legales inmediatamente posteriores sino incluso hasta en la propia Constitución Nacional Argentina de 1853. Sin embargo el movimiento rioplatense siguió su curso y el texto de 1812 no fue aceptado.

Belgrano fue comisionado por el primer Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata para que encabezara, junto a Bernardino Rivadavia, una misión diplomática a Europa que tenía por misión explicar a distintos gobiernos, al español, pero especialmente al británico, cuáles eran las verdaderas intenciones políticas del gobierno directorial. Nos es muy difícil ser categóricos en este asunto. ¿Buscar un protectorado británico? ¿Instituir una monarquía con cierto grado de autonomía de Madrid? ¿Instaurar un gobierno soberano cuya cabeza estuviera en un príncipe Borbón? Lo que sí sabemos es que Belgrano y Rivadavia tuvieron en Río de Janeiro un encuentro con Lord Strangford, diplomático británico destinado al Brasil. Es muy posible que Rivadavia, mucho más cercano al segundo Director Supremo, Carlos María de Alvear (1789-1852) contara con información y ordenes que Belgrano quizás no conocía o por lo menos no cabalmente. Llegados a Londres, no lograron entrevistarse con el Vizconde de Castlereagh (1769-1822), Secretario de Asuntos Exteriores y tampoco tuvieron éxito los intentos de buscar respaldo del retirado Carlos IV de Borbón (1748-1819), para coronar al príncipe Francisco de Paula (1794-1865). Belgrano, que vivió en Europa por esta misión entre 1814 y 1815, supo inmediatamente del resquemor de los sectores dirigentes europeos por un régimen republicano, frente a lo cual pensó que debía adoptarse para el Río de La Plata un sistema similar al británico. Meses en que se había constituido el Congreso de Viena y la Santa Alianza (López Rosas, 1981).

Los acontecimientos europeos, sobre todo el carácter inflexible de Fernando VII (1784-1833) en no negociar con los territorios americanos sublevados, la formación de la Santa Alianza y su objetivo primordial de restaurar el absolutismo, pero también la firme postura británica de respaldar a los movimientos americanos emancipadores, llevaron, en lo que hace al panorama internacional, a declarar formalmente la independencia. Belgrano participó activamente en el Congreso de Tucumán en 1816. Si bien se declaró la independencia, no hubo acuerdo sobre la forma de gobierno. Belgrano, como otros importantes dirigentes como el General José de San Martín (1778-1850), también un ilustrado, pensaron que la forma monárquica atemperada sería la más adecuada para impedir que esos vastos y heterogéneos territorios que constituían la América Española, se dividieran políticamente. Belgrano propuso nombrar como monarca a un supuesto hermano de Túpac

Amaru (1747-1827) secundado por un parlamento. El proyecto no tuvo posibilidad de éxito y el llamado último Inca murió en la más absoluta miseria en Buenos Aires. Las facciones antimonárquicas y republicanas se opusieron fuertemente a la constitución de un gobierno que no parecía muy distinto a aquello que se habían propuesto combatir desde antes de 1810. En 1819 el Directorio, que seguía siendo un gobierno con aspiraciones de reconocimiento regional, cuestionado incluso por aquellos que lo habían formado, sancionó una primera constitución claramente centralista que no fue aceptada. En 1820, año en que Belgrano murió casi olvidado en Buenos Aires, cayó el gobierno directorial después de la derrota de sus fuerzas en la Batalla de Caseros. Esta constitución de 1819 no definió tampoco la forma de gobierno (Astesano, 1979: 136; López, 1939; Horowicz, 2004; Ravignani, 1937; Ternavasio, 2016).

El discurso de Washington como ideario del accionar público rioplatense

François-René, vizconde de Chateaubriand (1768-1848), en 1791, escapando de la violencia revolucionaria, visitó los Estados Unidos, en cuyo territorio centró algunos de sus escritos. En sus memorias le otorgó un lugar destacado a sus dos encuentros con George Washington. Algunos estudiosos de la obra del vizconde niegan que estos encuentros se hubieran efectuado, para nosotros esto es secundario. Lo que nos interesa es cómo uno de los escritores más importantes del romanticismo consideró al General y a ese experimento político que eran los Estados Unidos: «La libertad se está probando en una república representativa, Dios quiera que dure». Chateaubriand, en su primer encuentro con el presidente, lo calificó como un verdadero Cincinato, como a un prohombre romano, cuyo único interés estaba en que ese experimento llamado Estados Unidos funcionara. Es muy interesante la comparación que Chateaubriand realizó entre Washington y Napoleón I. Calificó al primero como creador de independencias y al emperador como un destructor de ellas. Washington dejó como legado una república independiente y pujante, en cambio nada de lo pensado por Bonaparte sobrevivió a su derrota. François Guizot (1787-1874), estuvo especialmente interesado en considerar a Washington como prototipo de un hombre público distinto. Al igual que Chateaubriand, lo concibió esencialmente como un constructor, como uno de los diseñadores de una forma distinta de concebir el poder y la organización estatal. Estos son solo dos testimonios de contemporáneos que vieron en Washington y en otros padres fundadores de los Estados Unidos emergentes de la descomposición del Antiguo Régimen y el advenimiento de tiempos nuevos (Chateaubriand, 1848: 295-207; Guizot, 1846).

Manuel Belgrano, ilustrado y monárquico, súbdito fiel de la corona castellana, también fue consciente de esta desintegración lenta, progresiva pero violenta del Antiguo Régimen. La vida pública de George Washington, padre de una nación juzgada como virtuosa e inspirada en los ideales del bien común, el necesario sacrificio por la suerte del pueblo, el desinterés personal y la defensa de los derechos individuales, claramente podía ser utilizada como una existencia inspiradora, sobre todo para pueblos, como el Rioplatense, que parecía protagonizar un proceso revolucionario carente de plan, que solo gozaba de cierta capacidad de acción como reflejo a acontecimientos externos, una revolución dividida y comúnmente carente de iniciativas autónomas. Belgrano en su traducción refiere a que concluyó su obra el 2 de febrero de 1813. La fecha, pensamos, no es casual. La Asamblea General Constituyente y Soberana de las Provincias Unidas del Río de la Plata comenzó a sesionar en Buenos Aires desde el 31 de enero de 1813. En ella se buscaron concretar dos anhelos básicos del proceso revolucionario, declarar la independencia y dictar una constitución, ninguno de los dos se logró. Consideramos que Belgrano, que no tuvo par-

ticipación formal en ella, pretendió ofrecer su traducción del *Discurso de despedida* de Washington como un aporte a moderar las disputas que eran notorias entre los mandatos e influencias que tuvieron los asambleístas, que llegaron a su cenit con el rompimiento con José Gervasio de Artigas (1764-1850), de la Banda Oriental, anti porteño, confederal y republicano. Si bien la Asamblea creó un ejecutivo —el Directorio— y un congreso, y se declaró soberana, las divisiones y enconos eran notorios (Segretti, 1980; Ternavasio, 2007).

Belgrano, que avizoraba las penosas circunstancias que marcarían el proceso revolucionario y del cual fue uno de los más importantes representantes, pretendió buscar y difundir un ejemplo exitoso de rompimiento del orden colonial. Analizaremos la traducción marcando tres segmentos centrales: en primer término: el concepto de despedida. En segundo lugar las problemáticas inherentes a las carreras de los hombres públicos. Por último, mencionaremos los problemas y posibles soluciones a los escollos que se le podían presentar a una joven nación rioplatense, utilizando los conceptos del *Discurso* claramente como una guía para superar las discordias.

Belgrano, como lo consideró el propio Washington, dejó en claro que el renunciamiento a tener un tercer mandato presidencial no debería interpretarse como un signo de debilidad o de cansancio, sino que tenía por objetivo lograr los mayores beneficios a la patria, un gesto que debería ser muestra de la superación del espíritu faccioso que en esos años tuvo la joven república americana. Belgrano pensamos también consideró que la pugna entre los distintos sectores de opinión que divergieron sobre la formas posibles de organizar política y económicamente la región constituía un escollo difícil de superar. En primer lugar debido a que los inicios de estas discrepancias no se iniciaron con el estallido revolucionario sino que tuvieron origen mucho antes. Quizás el más notorio y público fue el enfrentamiento abierto entre los defensores del monopolio comercial y los partidarios del libre comercio. Este enfrentamiento entre facciones continuó más tarde bajo otras formas: porteños contra provincianos, centralistas contra federalistas y republicanos contra monárquicos. Luchas que Belgrano protagonizó hasta su muerte. Despedirse de la vida pública era sacrificar las ambiciones personales en pos del bienestar general en una sociedad convulsa. Más allá de tiempos y geografías el gesto de Washington le resultó a Belgrano la más noble actitud que un hombre público podía practicar. Washington era la encarnación de Lucius Quinctius Cincinnatus (519 a. C.-430 a. C.), un ideal de integridad, amor por la patria e interés personal subordinado a los intereses populares, ideal romano de hombre público, que después de haber ostentado un poder inmenso como Dictador en más de una oportunidad, eligió regresar a su vida hogareña de simple agricultor. Washington fue considerado como un nuevo Cincinato, de ahí la Sociedad de los Cincinatos que pretendieron resguardar los valores del gran americano que terminó sus días retirado en Mount Vernon. Belgrano renunció a todos los honores y compensaciones pecuniarias por sus servicios, ordenó que se utilizara ese dinero para fundar escuelas —él mismo redactó reglamentos y hasta diseñó uniformes—, murió en la casa que fue de sus padres en la más absoluta pobreza y prácticamente olvidado por sus conciudadanos (Documentos, 1982: 185).

En segundo término, y sin ceder a ciertas visiones hagiográficas, el accionar revolucionario de Manuel Belgrano desarrollado en una década estuvo signado por un marcado desinterés personal y un compromiso con la causa revolucionaria encomiables por su persistencia, sobre todo considerando los escollos y agresiones que recibió. Se enfrentó a las autoridades virreinales para defender el patrimonio de sus padres, sus memorias como Secretario del Consulado reivindicatorias del libre comercio fueron rechazadas por los vocales de la institución y por los poderosos comerciantes defensores del monopolio, sus criticadas intervenciones en la publicación del *Telégrafo Mercantil*, que después de

doscientos números dejó de publicarse en 1802. Su polémico paso por las milicias porteñas que combatieron contra los invasores británicos, siendo señalado como un posible protector de algunos de sus oficiales, el fracaso del movimiento carlotista, las críticas recibidas por su ejercicio como comandante de las tropas que fracasaron frente a los paraguayos, su controvertido papel como jefe del Regimiento Patricio, que se rebeló contra su comandante, la desautorización por haber enarbolado una bandera sin la aprobación de las autoridades centrales, los procesos judiciales de los que fue víctima después de las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, su frustración en no haber podido coronar a un Inca como soberano del Río de la Plata. Posteriormente fue encarcelado estando moribundo en el Tucumán, rebelde al gobierno directorial. Fue acompañado a Buenos Aires por el Doctor Readhead, que lo asistió en su agonía. Murió el 20 de julio de 1820, día conocido también como el de la anarquía. La naciente provincia de Buenos Aires contaba con tres gobernadores alegando cada uno la ilegitimidad de los otros. Un hombre devenido en militar sin tener conocimientos militares relevantes —triunfador en Salta y Tucumán—, diplomático, economista, abogado, un miembro de la élite porteña que experimentó una vida placentera y que lo perdió todo. Belgrano parece haber obtenido más infortunios que triunfos, quizás consiente del sacrificio realizado, encarnó las vicisitudes del héroe romántico que da batalla sabiendo de su futura derrota (Ruiz Moreno, 2004; Argullol, 1984).

Recomendaciones para gobernar una nación

Cuando Washington redactó su Despedida, sabemos que lo hizo presionado por sus enemigos políticos, pero siendo presidente de un Estado que había sorteado exitosamente los obstáculos tanto internos como externos que se le presentaron. La posición de Manuel Belgrano en los años en que realizó la traducción del texto fue inestable, especialmente precaria, tanto a nivel personal como su posición en el contexto político rioplatense. Sin embargo, podemos sostener y esto lo hacemos considerando el accionar de Belgrano tanto en su carácter de funcionario colonial como de dirigente revolucionario, como un hombre que, si bien nunca escapó a las responsabilidades urgentes que debió afrontar, siempre procuró pensar cómo las decisiones que se podía recomendar en su presente podían impactar en el futuro. Pagando costos quizás por considerarlo los demás un idealista o simplemente porque no suponían de concreción perentoria sus propuestas (Ortega y Gasset, 1986: 195-226).

Belgrano en la introducción a la traducción comenzó calificando a Washington como un héroe, como una persona íntegra pero fundamentalmente como un patriota. Ya anteriormente planteamos una cuestión que nos resulta central ¿en qué patria estaba pensando Belgrano? ¿en esa en la cual se había formado intelectualmente y vivido o en esas tierras rioplatense que conoció en sus últimos años de vida? No lo sabemos, pero lo que es indudable es que Belgrano estaba trabajando sobre el *Discurso* de un líder que estuvo al frente de un proceso rupturista, el Presidente de un nuevo Estado independiente. Considerando esa tendencia belgraniana en pensar en el futuro, en sobrepasar los problemas coyunturales, pero sin dejar de ocuparse de ellos, es que su traducción podría ser interpretada como un rico material desde donde construir un ideario de acción política. No solo porque dio cuenta de los problemas que la joven nación estadounidense debió enfrentar, sino porque Washington propuso soluciones a cada uno de ellos. Esto, consideremos, en un Río de la Plata inmerso en un proceso revolucionario cuyo destino era incierto. Recordemos que, en los años que Belgrano tradujo el *Discurso*, Buenos Aires fue el único centro rebelde exitoso, en el resto de la América Española la revolución había sido vencida y muchos de sus líderes muertos, encarcelados o prófugos (Hamnett, 1995).

Más allá que el ejercicio del poder desgasta, en el sentido más cruel del término, si consideramos los últimos años de vida de Belgrano, el ideario del patriota no le permitió abandonar las responsabilidades de las que se sintió protagonista. Tanto Washington como Belgrano reiteraron sus intenciones de volver definitivamente a sus ocupaciones prerrevolucionarias, sin dejar de mencionar que la vida material del virginiano era la de un rico burgués y que Belgrano era un intelectual que se empobrecía obstinadamente hasta morir en la miseria.

Belgrano en su traducción da cuenta de forma literal de las ideas centrales que la administración de Washington logró conseguir y preservar. Consideramos que son esencialmente: libertad, independencia, unidad de gobierno para mantener en orden la nación, tranquilidad interior, paz exterior y felicidad general. Ideas de realización deseable pero que aparecían como utópicas para un rioplatense contemporáneo. Nos resulta muy interesante la interpretación de Belgrano del término *American*. Washington lo empleó indudablemente para sus connacionales, para aquellos que eran parte de los Estados Unidos. Belgrano lo empleó como un gentilicio que debía incluir a todos los americanos, no pensamos con el objeto en cierta manera de hacer sentir parte al resto de los acontecimientos norteamericanos, sino pensamos para dar cuenta de la necesidad de mantener la unidad entre todos los territorios castellanos americanos e impedir una atomización que fue una preocupación de primer orden para los líderes revolucionarios. Líderes cuyos ideales de unidad sucumbieron frente a la diversidad de intereses que las distintas regiones impusieron, como se evidencio en la Asamblea General Constituyente de 1813 o más crudamente en el bolivariano Congreso de Panamá de 1826 (De la Reza, 2006).

Washington estuvo particularmente preocupado por los costos de la guerra, esta había exigido la formación de ejércitos protagonistas de tres conflictos esenciales para entender la sociedad norteamericana de la segunda mitad del siglo XVIII: la Guerra de los Siete Años, la Guerra de Independencia y la Rebelión del Whiskey en 1794. Para él la formación de ejércitos permanentes constituían un serio peligro para las libertades republicanas y un costo que afectaría seriamente los fondos estatales, siempre escasos ante necesidades crecientes. Belgrano seguramente compartía esta preocupación. Desde la formación de milicias urbanas para enfrentarse a los británicos en 1806-1807, la activa participación de estas en la constitución del gobierno del 25 de mayo de 1810 y la actuación en las Guerras de Independencia y conflictos internos, eran claras muestras de un proceso de militarización que estaba afectando a la sociedad toda: los jóvenes de las élites vieron en la carrera militar un medio para mantener su primacía y los miembros de los sectores populares una posibilidad de ascenso social. Esos conflictos se extendieron por décadas y vaciaron las arcas públicas y afectaron a los bienes privados hasta el agotamiento (Belgrano, 1944: 32).

Hemos analizado la traducción de Belgrano procurando pensar que él trazó un paralelismo entre los Estados Unidos y la situación del Río de la Plata. Washington consideró que un gobierno central débil daba necesariamente nacimiento a situaciones anárquicas y a la emergencia de líderes negativos de facciones irreconciliables. Belgrano comprendió que ese mal también afectaba al Río de la Plata; se mantuvo una guerra contra los realistas incluso más allá de las fronteras rioplatenses al propio tiempo que las distintas facciones internas procuraban controlar unas Provincias Unidas, que estaban dramáticamente separadas por regiones e intereses que parecían irreconciliables (Álvarez, 1983; Belgrano, 1944: 39-41).

Los remedios contra esos males no solo estaban en la constitución de gobiernos centrales fuertes, en la división de poderes que propiciaba una organización republicana, sino que estas solo podían prosperar bajo la existencia de una sociedad virtuosa. Esta no podía constituirse si el Estado no se colocaba a la cabeza de un sistema de educación formal ins-

pirado en principios claramente reivindicados por la ilustración: sistemas con una fuerte impronta estatal, crecientemente secularizados sin desconocer la influencia que las iglesias podían tener sobre él, crear un sistema impositivo que no ahogara la iniciativa privada así como la creación de un andamiaje que asegurara el crédito público. Se dan cuenta en el trabajo de Belgrano de principios que para la situación de los Estados Unidos eran de primer orden, pero para el Río de la Plata podían resultar secundarios debido desde ya, al distinto grado de maduración de los procesos políticos, como a las problemáticas de la política exterior frente a las grandes potencias o proponer cierto aislacionismo cultural. No eran problemáticas menores y se discutieron en el Río de la Plata, pero imperó la idea de tratar lo urgente o lo que resultó más gravoso, discutir el problema solo cuando estos habían estallado. Belgrano hizo publicar por la Imprenta de Niños Expósitos su traducción del *Discurso* solventando con su peculio una edición de cuarenta ejemplares. Algunos ejemplares han sobrevivido hasta la actualidad. Hemos tenido en nuestras manos algunos de ellos todavía intonsos. Es decir se publicaron originalmente pocos ejemplares y algunos de ellos ni siquiera fueron leídos. Solo décadas después la traducción de Belgrano fue reeditada, tiempos en que paradójicamente muchos de los problemas señalados por Washington y traducidos al castellano por Belgrano estaban vigentes aun en la Argentina

CONSIDERACIONES FINALES

Sobre las formas o las maneras más adecuadas para llevar adelante una traducción se ha reflexionado mucho desde hace décadas. Sin pretender dar cuenta de la riqueza conceptual que esta polémica ha producido, podemos dar cuenta de dos posturas centrales. Aquellos traductores que pretenden «domesticar» las ideas del traducido o aquellos que han pretendido «extranjerizarlas». La primera actitud se caracteriza por construir una traducción fluida que se lea bien en la segunda lengua de destino, pero sin preocuparse en extremo sobre el sentido complejo del original, de la primera lengua. La segunda opción opta por no perturbar las ideas del texto original e incita al lector a ir a su encuentro si es posible. Pensamos que podemos mencionar una tercera postura que de forma alguna descarta el empleo de las otras dos. Nos referimos a la actitud de Belgrano. Él no estuvo especialmente preocupado por los aspectos técnicos de su traducción, pero sí de hacerla legible para un grupo de lectores que podían hallar en ella un ideario político que podía mutar, en un diagnóstico concebido para analizar por parte de Washington la sociedad estadounidense pero que podía ser útil para prevenir a los rioplatenses de inconvenientes que podrían sufrir. Pero no fue solo una diagnosis, sino también la recomendación de una terapéutica, de posibles soluciones. La experiencia estadounidense, sintetizada en la obra de Washington, podía ser un exitoso ejemplo a seguir por jóvenes naciones. Pensamos que frente a las dificultades y discordias que eran tan evidentes en la sociedad rioplatense revolucionaria, Belgrano concibió la idea de aportar una posible salida. Aún más, esa intención de Belgrano consistente en que sus compatriotas conocieran el texto, es una clara manifestación de la intención del traductor en coadyuvar a dotar de un rumbo cierto a un proceso rupturista que no presentaba signos inequívocos de unidad de acción. Belgrano, convencido monárquico hallo en la obra de un conspicuo republicano, un camino por el cual podía transitar una élite desorientada. Fue un intento con resultados inocuos, pero con la importancia que fue el primero en proponerlo (Hustvedt, 2022).

BIBLIOGRAFÍA

- ALDEN, John Richard (2006), *George Washington: A Biography*. Blackstone, Audio, [Ashland, Or.]
- ÁLVAREZ, Juan (1883), *Las guerras civiles argentinas*, Buenos Aires, EUDEBA.
- ANDERSON, Thornton (1994), *Creating the Constitution: The Convention of 1787 and the First Congress*, Penn State University Press.
- ARBERRY, Virginia (1999), «Washington's Farewell Address and the Form of the American Regime», en Gary L. Gregg II y Matthew Spalding (eds.), *Patriot sage: George Washington and the American Political Tradition*. Wilmington, ISI Books, pp. 199-216.
- ARGULLOL, Rafael (1990), *El héroe y el único*, Barcelona, Destino.
- ARTOLA, Miguel (2000), «Fisiocracia y librecambio», en *Textos fundamentales para la Historia*, Madrid, Alianza Editorial.
- ASTESANO, Eduardo (1979), *Juan Bautista de América. El Rey Inca de Belgrano*, Buenos Aires, Castañeda.
- BEARD, Charlesm (1967), *Los presidentes de la Historia norteamericana*, Buenos Aires, Plaza & Janes.
- BELGRANO, Mario C. (1960), *La España ilustrada en la formación doctrinaria de Manuel Belgrano*, Rosario-Argentina.
- BELGRANO, Mario C. (2020), *Autobiografía de Manuel Belgrano / Manuel Belgrano; comentarios de Alejandro Morea*, Buenos Aires, Ministerio de Cultura de la Nación.
- BELGRANO, Mario C. (1796) (1913), «Medios generales de fomentar la agricultura, animar la industria, proteger el comercio en un país agricultor», en *Documentos del Archivo de Belgrano*, tomo I, Buenos Aires, Imprenta Coni.
- BERUTI, Juan Manuel (1960), «Aumento a este año de 1820», en *Biblioteca de Mayo, T. IV*, Buenos Aires.
- BERUTI, Juan Manuel (2001), *Memorias curiosas*, Buenos Aires, Emecé.
- BOTANA, Natalio (2016), *Repúblicas y monarquías. La encrucijada de la independencia*, Buenos Aires, Edhasa.
- BRACKENRIDGE, E. M (1927), *La independencia Argentina. Viaje a América del sur hecho por orden del gobierno Americano en los años 1817 y 1818 en la fragata Congress*, Londres, Biblioteca América Unida.
- BRADING, David (2004), *Introducción a la carta dirigida a los españoles americanos de Juan Pablo Viscardo y Guzmán*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- CHIARAMONTE, José Carlos (1997), *Ciudades, provincias, Estados: orígenes de la Nación Argentina, 1800-1846*, Buenos Aires, Ariel.
- CHIARAMONTE, José Carlos (1982), *La crítica ilustrada de la realidad. Economía y sociedad en el pensamiento argentino e iberoamericano en el siglo XVIII*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- CUNLIFFE, Marcus (1965), *George Washington: hombre y prócer*, Buenos Aires, Plaza & Janes.
- MORNET, D. (1969), *La pensée française au XVIII^e siècle*, París, Armand Colin.
- DE CHATEAUBRIAND, F. (1849), *Memorias de ultratumba*, Madrid, Mellado, tomo I.
- DE LA REZA, Germán A. (2006), *El Congreso de Panamá de 1826 y otros ensayos de integración en el siglo XIX. Estudio y fuentes documentales anotadas*, México, UAM.
- DE MARCO, Miguel Ángel (2004), *Bartolome Mitre*, Buenos Aires, Emecé.
- Despedida de Washington al pueblo de los Estados Unidos* (1813), Buenos Aires, Imprenta de Niños Expósitos
- Documentos para la historia del general don Manuel Belgrano* (1982), Buenos Aires, Instituto Belgraniano Central.
- El Argos de Buenos Aires* (1821), Buenos Aires, Atelier de Artes Gráficas Futura.
- ELLIS, Joseph J. (2004), *His Excellency: George Washington*, Nueva York, Alfred A. Knopf.

- ETCHEPAREBORDA, Roberto (1972), *Qué fue el carlotismo*, Buenos Aires, Ed. Plus Ultra.
- FERNÁNDEZ LÓPEZ, Manuel y Danaide Rosa DEL VALLE ORELLANA (1984), *Manuel Belgrano y la difusión de la fisiocracia en la América del sur*, Misiones, Universidad Nacional de Misiones – Facultad de Ciencias Económicas.
- FREIDEL, Frank (1965), *G. Washington: Man a monument*, Washington National Monument Association: with the cooperation of the National Geographic Society, Washington, D. C.
- GIMÉNEZ, Ovidio (1993), *Vida, época y obra de Manuel Belgrano*, Buenos Aires, El Ateneo.
- GONDRA, Luis Roque (1945), *Pensamiento económico latinoamericano*, México, Fondo de Cultura Económica.
- GRIZZARD, Frank E. (2005), *George! A Guide to All Things Washington*, Buena Vista y Charlottesville, VA, Mariner Publishing.
- GUIZOT, F (1846), *Vie, correspondance et ecrits de Washington*, París, Gosselin.
- HALPERIN DONGHI, Tulio (2010), *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
- HALPERIN DONGHI, Tulio (2014), *El enigma Belgrano. Un héroe para nuestro tiempo*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.
- HAMNETT, Brian R. (1995), «Las rebeliones y revoluciones iberoamericanas en la época de la Independencia. Un intento de tipología», en François-Xavier Guerra (dir.), *Las revoluciones hispánicas: independencias americanas y liberalismo español*, Madrid, Editorial Complutense, pp. 47-72.
- HIGGINBOTHAM, Don (ed.) (2001), *George Washington Reconsidered*, Virginia, University Press of Virginia.
- HIGGINBOTHAM, Don (2002), *George Washington: Uniting a Nation*, Rowman & Littlefield.
- HOROWICZ, Alejandro (2004), *El país que estalló: Antecedentes para una historia argentina, 1806-1820*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- HUSSTVEDY, Siri (2022), «Historias sobre la traducción», en Siri Husstvedy (ed.), *Madres, padres y demás. Apuntes sobre mi familia real y literaria*, Buenos Aires, Seix Barral.
- IM HOF, Ulrich (1993), *La Europa de la Ilustración*, Barcelona, Crítica.
- IMÍZCOZ BEUNZA, Jose María y Javier Esteban OCHOA DE ERIBE (2017), «Gobernando la civilización. Pautas civilizatorias de una clase política ilustrada y reformista», *Magallánica, Revista de Historia Moderna*, n° 4/7, pp. 180-214.
- JARDIM, Márcio (1989), *A Inconfidência Mineira: uma síntese factual*, Río de Janeiro, Biblioteca do Exército Editora.
- JENKINS, Philio (2009), *Breve Historia de los Estados Unidos*, Madrid, Alianza Tercera Edición.
- LEÓN SANZ, Virginia (1989), *La Europa Ilustrada*, Madrid, Akal.
- LEVY, Leonard W. (ed.) (2000), *Encyclopedia of the American Constitution*, Nueva York, Macmillan.
- LÓPEZ ROSAS, José R. (1981), *Entre la monarquía y la república. Memorial de la Patria*, Buenos Aires, la Bastilla Editores.
- LÓPEZ, Vicente Fidel (1939), *Historia de la República Argentina: su origen, su revolución y su desarrollo político hasta 1852*, volumen 2, Buenos Aires, Editorial Sopena.
- LUNA, Félix (2004), «Una educación ilustrada», en *Grandes protagonistas de la historia argentina: Manuel Belgrano* (1ª edición), Buenos Aires, La Nación, pp. 10-14.
- LYNCH, John (2008), *Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826*, Barcelona, Planeta.
- SPALDING, Matthew (2001), «The Command of its own Fortunes: Reconsidering Washington's Farewell Address», en Ethan M. Fishman, William D. Pederson y Mark J. Rozell (eds.), *George Washington. Foundation of Presidential Leadership and Character*, Westport, Praeger.
- MCDONALD, Forrest (1974), *The Presidency of George Washington*, Lawrence, University Press of Kansas.

- SIMMONS, Merle E. (1983), *Los escritos de Juan Pablo Viscardo y Guzmán, precursor de la independencia hispanoamericana*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello. Instituto de Investigaciones Históricas.
- MICHELENA, Carmen L. (2010), *Luces revolucionarias: De la rebelión de Madrid (1795) a la rebelión de La Guaira (1797)*, Caracas, CELARG.
- MÍGUEZ, Eduardo (2007), *Bartolomé Mitre, Entre la Nación y la Historia*, Buenos Aires, Edhasa.
- MITRE, Bartolomé (1876-1877), *Historia de Belgrano y de la independencia Argentina*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo.
- MITRE, Bartolomé (1902), *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, cuatro tomos, Buenos Aires, Biblioteca La Nación.
- MORISON, Samuel Eliot (1972), «Washington's First Administration: 1789-1793», *The Oxford History of the American People, Vol. 2*. Meridian.
- ORTEGA Y GASSET, José (1986), «Mirabeau o el político», *Revista de Occidente*; reimpresso en *Obras completas*, tomo IV, Madrid, Revista de Occidente y Alianza Editorial, pp. 195-226.
- PALTI, Elías (2000), «La Historia de Belgrano de Mitre y la problemática concepción de un pasado nacional», *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana*, n° 21, pp. 75-98.
- PALTI, Elías (2011), «Halperin Donghi y la paradoja de la revolución», en *Prismas*, vol. 15, n° 2, pp. 161-164.
- PAZ, José María (2000), *Memorias póstumas*, Buenos Aires, Emecé.
- POSADA, Eduardo e IBÁÑEZ, Pedro M. (1903), *El Precursor. Documentos sobre la vida pública y privada del general Antonio Nariño*, Bogotá, Imprenta Nacional.
- RAVIGNANI, Emilio (1937), *Asambleas Constituyentes Argentinas*, Buenos Aires, Talleres S. A. Casa Jacobo Peuser, Ltda.
- ALONSO, Ricardo (2012), «Joseph Redhead: Un sabio de la vieja Salta», *Diario El Tribuno*.
- ROSS, John F. (2005), *Unmasking George Washington*, Smithsonian Magazine.
- RUIZ MORENO, Isidoro J. (2004), *Campañas militares argentinas* (tomo 1), Buenos Aires, Emecé.
- SEGRETI, Carlos S. A. (1980), *La aurora de la Independencia*, Buenos Aires, Ed. La Bastilla.
- SUMMERS GÁMEZ, Joaquín (2002), *Franklin. Electricidad, periodismo y política*, Madrid, Nivola Libros y Ediciones.
- TERNAVASIO, Marcela (2017), «Diplomacia, linaje y política durante la crisis de las monarquías ibéricas. Disputas en torno a la candidatura de Carlota Joaquina de Borbón entre 1808 y 1810», *Historia y Política*, n° 38, pp. 163-193. <https://doi.org/10.18042/hp.38.06>
- TERNAVASIO, Marcela (2015), *Candidata a la corona. La Infanta Carlota Joaquina en el laberinto de las revoluciones hispanoamericanas*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- TERNAVASIO, Marcela (2016), *Gobernar la revolución: Poderes en disputa en el Río de la Plata 1810-1816*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- VISCARDO Y GUZMÁN, Juan Pablo (2004), *Carta dirigida a los españoles americanos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- WASHINGTON, Jorge (1944), *Despedida al pueblo de los Estados Unidos. Traducido y comentada por el general Manuel Belgrano*, Buenos Aires, Huarpes.
- Washington's Farewell Address*. Division de Colecciones especiales y libros raros. Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos (156). <https://www.loc.gov/exhibits/religion/relo6.html>
- WEINBERG, G. (1985), «Manuel Belgrano», en *Hombres de la Argentina. De mayo a la crisis de 1930*, Buenos Aires, Eudeba.
- WOOD, Gordon (2002), *The American Revolution: A History*, Nueva York, Modern Library.